



CONVERTÍOS A MÍ DE TODO CORAZÓN

CUARESMA 2019



CONVERTÍOS A MÍ DE TODO CORAZÓN

Cuaresma 2019

El profeta Joel (2, 12) pone en boca de Dios esa invitación a la conversión, para volver a encontrarnos con el Dios compasivo y misericordioso; una invitación que resuena nuevamente en la súplica que nos llega de parte de Pablo (2Cor 5, 20): «Por el Mesías os suplicamos: Dejaos reconciliar con Dios». Toda nuestra vida, y más este tiempo de Cuaresma, es tiempo favorable para sentir que el Señor nos escucha... si queremos volver a él.

Con esa invitación que acogemos el miércoles de Ceniza, nos disponemos a emprender este camino de Cuaresma, para llegar al final a experimentar en nuestras vidas y en la vida del mundo obrero la realización de la profecía de Isaías (43,19): «Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino por el desierto, ríos en el yermo».

Para llegar a descubrir lo nuevo, lo que está brotando, tenemos que abrir los ojos, reconocer nuestro pecado, dolernos, empezar a vivir con una «mística de ojos abiertos» que nos haga capaces de percibir que, en medio de la evidencia, de la dura realidad que parece imponerse, está la presencia de Dios que nos ofrece reconciliación, y que alienta la esperanza en un futuro de humanidad cumpliendo su promesa.

Un camino de conversión

La primera condición es la experiencia de nuestro pecado y nuestra indigencia. ¿A dónde nos lleva esta manera de vivir; a dónde mis prácticas cotidianas? ¿Hacia dónde nos conduce, y de quién nos separa? ¿Qué aporta a la deshumanización de nuestra vida y de la vida de los pobres? ¿Qué consume de la comunión? Es nuestro examen de conciencia que nos desvela que nuestro mundo ha perdido –y nosotros con él muchas veces– esta conciencia de pecado, porque ha perdido la capacidad de amar. Nos desvela que también nos pasa a nosotros. Perdemos esa conciencia, pero sigue existiendo el pecado, el mal, la injusticia... y, sobre todo, no desaparecen sus consecuencias.

Y la segunda condición, inseparable, es la de dolernos. Dolor de nuestros pecados; de los personales, y de los estructurales; de los míos propios y de los de mi Iglesia. Dolernos del sufrimiento de tantas personas y tomar conciencia de nuestra responsabilidad, de la parte que nos toca en el dolor del mundo obrero, en la degradación de nuestra humanidad y de la casa común. Ese dolor es el único capaz de abrirnos los ojos, y tocarnos el corazón. Es el único capaz de hacernos sentir la necesidad de conversión y empujarnos a emprender el camino de vuelta a la casa del Padre (Lc 15, 18) sabiendo que solo en ella –solo en el amor– encontramos la capacidad de amar que restaura nuestra humanidad.

La persona que ve las cosas como son realmente, se deja traspasar por el dolor y llora en su corazón, es capaz de tocar las profundidades de la vida y de ser auténticamente feliz. Consolada por Jesús puede atreverse a compartir el sufrimiento ajeno y descubrir que la vida tiene sentido socorriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás. Es la persona que siente que el otro es carne de su carne; que el otro es Cristo para mí, y que yo tengo que hacerme Cristo para él.

Sentir el consuelo de Jesús nos empuja a vivir con ese propósito de enmienda que hace fructífero el encuentro del perdón porque nos pone en camino de conversión a Dios y a los pobres del mundo obrero.

Un camino de comunión

Por ser camino de conversión este tiempo de cuaresma es, también, tiempo de comunión. Porque nadie se salva solo (GE 6). Es tiempo de convertir nuestras prácticas concretas y cotidianas en la concepción del dinero y en el uso de nuestros bienes hacia la comunión de bienes; tiempo de convertir mis tendencias egoístas. Tiempo de convertir mi yo, para ir pasando al nosotros, a la comunión de vida; tiempo para redescubrir el valor de la vida entregada para que otros puedan vivir, y para acoger con ternura y misericordia, humildemente, a los demás. Tiempo para ir dejando que –sacrificados por amor– mis planes y proyectos estén al servicio del quehacer, de la misión comunitaria, que no es otra que anunciar la liberación de Jesucristo en el mundo obrero.

La creación expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios (Rom 8, 19)

En su **Mensaje para la Cuaresma 2019**, el papa Francisco nos recuerda que recorrer este camino de conversión que lleva a la comunión, nos hace **ser conformes a Cristo**, y que este parecernos a Cristo **es un don inestimable de la misericordia de Dios**. En la medida en que no vivimos como hijos de Dios nuestro estilo de vida viola los límites que nuestra condición humana y la naturaleza nos piden respetar. Si no vivimos en el horizonte de la Resurrección la lógica del *todo y ya*, del *tener cada vez más*, acaba por imponerse. Cuando se abandona la ley del amor, acaba triunfando la ley del más fuerte sobre el más débil, como decía hace tiempo Rovirosa.

La creación tiene necesidad de que se manifiesten los hijos de Dios. El mundo obrero tiene necesidad de hijos e hijas de Dios que sean testigos de fraternidad. Por eso emprendemos este camino, para restaurar nuestro rostro y nuestro corazón de cristianos, mediante el ayuno, la oración y la limosna:

Ayuno, o sea, aprender a cambiar nuestra actitud con los demás y con las criaturas; pasar de la tentación de devorarlo todo, a la capacidad de sufrir por amor.

Oración, para saber renunciar a la autosuficiencia de nuestro yo, y declararnos necesitados del Señor y su misericordia.

Limosna, para salir de la necesidad de vivir y acumularlo todo para nosotros mismos creyendo que así nos aseguramos un futuro que no nos pertenece.

En definitiva, se trata de vivir esta Cuaresma la **pobreza, la humildad y el sacrificio**. Y volver a encontrar así la alegría del proyecto que Dios ha puesto en nuestro corazón: es decir, amarle, amar a nuestros hermanos y hermanas, y encontrar en este amor la verdadera felicidad.

Empezaremos en el desierto para hacer que se vaya transformando, por la fuerza del Espíritu, en el jardín de la comunión.

COMISIÓN PERMANENTE DE LA HOAC

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

I Domingo de Cuaresma (10 de marzo de 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Nos disponemos

Este afán por hacer que Cristo resucitado se adapte a lo que nunca quiso adaptarse durante su vida mortal, es una constante que retoña permanentemente en todos y en todas partes. Y aparece una «piedad» que en vez de tender a conformarnos a Su voluntad, pretende que Su voluntad se acomode a la nuestra. Y la tentación es tanto más fuerte cuanto mayor es el poder material o moral de que se dispone (Rovirosa, OC, T.I. 395).

En algún momento tendremos que percibir de frente la propia verdad, para dejarla invadir por el Señor, y no siempre se logra esto si uno «no se ve al borde del abismo de la tentación más agobiante, si no siente el vértigo del precipicio del más desesperado abandono, si no se encuentra absolutamente solo, en la cima de la soledad más radical». Así encontramos las grandes motivaciones que nos impulsan a vivir a fondo las propias tareas (GE 29).

*Este es un tiempo para convencidos·
Tiempo de entrenamiento, ejercicio y lucha;
de mochila ligera y paso rápido·*

*Tiempo de camino y discernimiento,
de conversión y compromiso,
de prueba y encuentros
en el desierto, en la estepa, en el silencio·*

*Es el tiempo de los proyectos de vida,
de las decisiones y desmarques;
a veces, de las transfiguraciones·*

*Tiempo de humanidad rota y dividida
que anhela el paraíso o la tierra prometida·
Tiempo de tentaciones, tabores y conversiones,
traspies, heridas y cegueras,
perdones, restauraciones y agua viva·
¡Tan solo en cuarenta días!
Este es el tiempo de las personas nuevas,
de las que han soltado el lastre
de ídolos secretos y falsas vanidades
y ya solo anhelan misericordia·*

*Cuaresma
"Cuarenta días para
crecer en el amor
de Dios y
del prójimo"*



Miramos nuestra vida

Preparo mi equipaje para este tiempo de cuaresma. Hoy comienzo el camino de retorno a Tu casa. Aparto mis tentaciones –las identifico–, mis episodios de humanidad rota y dividida; mis traspies, heridas, cegueras. Aparto –me hago consciente– del lastre que he de soltar; de los falsos ídolos que adoro y de las vanidades que aún me atan.

Escuchamos la Palabra del Señor...

Lc 4, 1-13: El Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado.



Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo. En todos aquellos días estuvo sin comer y, al final, sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan». Jesús le contestó: «Está escrito: "No solo de pan vive el hombre"». Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo: «Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo».

Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto"». Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: "Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te cuiden", y también: "Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra ninguna piedra"». Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"». Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Palabra del Señor

Interiorizamos esta Palabra

La primera etapa de este camino de Cuaresma nos lleva al desierto, que es un lugar privilegiado para el encuentro con Dios. A Jesús es el Espíritu quien lo empuja al desierto. A ese desierto por el que nosotros nos movemos muchos días de nuestra vida. Más que un lugar concreto, el desierto son situaciones vitales, momentos de nuestra vida, tan llena de posibilidades como de tentaciones; circunstancias y acontecimientos, opciones ante las que se pone a prueba la autenticidad de nuestra fe. Hay desiertos espirituales, en los que no resuena ninguna invitación a la vida, sino reclamos egoístas tan solo.

La escena de las tentaciones está puesta justo a continuación de la del bautismo de Jesús. El Espíritu conduce a Jesús, y nos conduce también a nosotros al interior del conflicto, del mundo. Es en el conflicto de cada día donde Jesús y nosotros nos vemos enfrentados a la tentación constante de renunciar a nuestra condición humana y peregrina; a renunciar a caminar y luchar cada día, a utilizar a Dios en provecho de nuestros planes y proyectos.

En la vida nos vemos tentados a renunciar al mesianismo del servicio y la fraternidad; a renunciar a la comunión para imponernos, para dominar.



Es en la vida, donde nos vemos tentados a provocar continuamente a Dios renunciando a la responsabilidad de lo que a nosotros nos toca, trastocando así el sentido de nuestra libertad. Es la tentación de renunciar a la cruz.

“Si eres hijo de Dios...” no puedes vivir al margen de Dios, sin acoger y realizar en tu vida su Voluntad, el proyecto del Reino, salvo que renuncies a esa condición de hijo imposibilitando tu otra condición fraterna.

Pero por muy desierto espiritual que podamos ver a nuestro alrededor, en nuestro mundo e, incluso, en la misma Iglesia, fruto de construir la existencia sin Dios, es precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío creciente, como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer. En el desierto se descubre el valor de lo que es esencial para vivir; en los contextos actuales en que vivimos, podemos descubrir los signos de la sed de Dios, de la sed de esperanza. En el desierto se necesitan –dice Francisco– personas-cántaro para dar de beber a los demás (EG 86).

La oración me lleva a reconocer mis tentaciones, a dejarme empujar por el Espíritu hacia el desierto, a rehacer mis opciones fundamentales de la Fe y a ponerme en camino de regreso al Padre-Madre. Para eso, para ser persona-cántaro, concreto compromisos en mi proyecto de vida.

Nos ponemos de nuevo ante el Señor



Hoy, desde mi propio desierto, el que el Espíritu me empuja a transitar, pido:

*HALLAR a Dios en nuestro propio ser
que es el reflejo del Ser de Dios.
Hallarme a mí mismo en Dios,
que es la Fuente de mi ser.*

*Hallar a los hermanos en Dios y en mí mismo,
porque no tengo razón de ser sin los hermanos,
ni Dios quiere ser sólo Padre para mí.
Hallarme a mí mismo en los hermanos,
porque nada mejor que ellos
me revelará lo que el Padre espera de mí.
Y, sobre todo... ¡hallar a Dios en Dios!:
porque, el mayor secreto de Dios,
es Dios mismo.*

*El verdadero descanso del corazón en el Desierto
es escuchar dentro de sí la voz de Dios.
El Desierto encierra en algún lugar de su trayecto
esa Palabra que basta
para hacer hermosa y fecunda una existencia peregrina.*

(A. López Baeza)

Para ofrecerle, una vez más, nuestra vida

*Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día,
nuestro trabajo,
nuestras luchas,
nuestras alegrías
y nuestras penas...*

*María, madre de los pobres,
ruega por nosotros.*

Y le pido: Quédate conmigo, Señor, en la tribulación.

